



EL ESCONDITE
SILENCIOSO

Isaac Biscarri Israel

EL ESCONDITE
SILENCIOSO



Primera edición: octubre de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Isaac Biscarri Israel

ISBN: 978-84-19439-90-1

ISBN digital: 978-84-19439-91-8

Depósito legal: M-25769-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para muchos,
que de tanto morir, supisteis vivir.*

Todos los grandes acontecimientos tienen lugar
en nuestra mente.
OSCAR WILDE

Quienes creen que el dinero lo hace todo,
terminan haciendo todo por dinero.
VOLTAIRE

1

El cadáver de David Anglet fue hallado sin vida a las 11:25 h de una mañana de noviembre de 2016 en el interior de una Citroën Berlingo color gris claro y modelo del 2008, con la cabeza gacha apoyada al volante y las manos colgando casi rozándole los pies, bien colocados y en posición, encima la alfombrilla de los pedales. El vehículo, propiedad de David, estaba aparcado en zona azul en Travessera de Gràcia y fue localizado por una vecina del barrio ya jubilada que volvía cargada de suministros hasta el cuello con su carrito de compra habitual inseparable.

—Esa imagen de la cabeza sangrando... Aquellos ojos ausentes y enrojecidos... es algo que no conseguiré quitarme nunca de mi mente. Una no puede borrar esas imágenes, por el amor de Dios... Cuánta maldad, ay, Señor —argumentó la vecina jubilada con una subida de tensión considerable y balbuceando a uno de los agentes de los Mossos d'Esquadra que le tomaba declaración en mitad de la calle.

La policía había acordonado la zona y la expectación en el barrio era cada vez más abundante. Gente que paseaba por la calle; clientes de comercios habituales, trabajadores de correo exprés, incluso el conductor de un miniautobús... eran algunos de los muchos personajes que transcurrían aquella mañana de otoño en pleno barrio de Gràcia y que se acercaban para cotillear y murmurar acerca de la desgracia recién ocurrida en mitad de sus calles.

—¡Un asesinato en toda regla! —comentaba la jugada un chico joven mientras se fumaba un cigarrillo y sacaba la cabeza para no perderse detalle alguno desde la acera de enfrente.

—¡Por Dios! Espero que no sea alguien del barrio... —agregó una mujer rozando la cuarentena, muy elegante ella y bien peinada, que agarraba su bolso con total firmeza. Sus labios carnosos y mal operados, todo sea dicho, la identificaban como una mujer sin escrúpulos y plenamente amargada en los que amores se refería.

—Qué importa de qué barrio sea. Esto es una matanza a sangre fría, ¿que no lo ve? ¡Cómo puede haber gente así! —renegaba del discurso anterior un anciano con bastón.

—O sea, ¿que todavía no se sabe quién puede ser? —otra mujer de unos cincuenta años lanzaba la pregunta al aire en mitad de toda la muchedumbre acumulada detrás el cordón policial.

Nadie sabía quién ni qué es lo que realmente había ocurrido, aunque todo el mundo ansiaba saberlo en primicia. Probablemente, cualquier policía podría relatar sucesos de ciudadanos ansiosos de morbo y cotilleo de las grandes desgracias y noticias turbias ocurridas en rincón de este país. Lo más curioso de este suceso es que fuese en mitad de una calle concluida de gente en plena hora punta en mitad de Barcelona. ¿Nadie vio nada?, ¿nadie escuchó ni tan siquiera un «auxilio»? ¿nadie sospechó de nadie? Todas esas preguntas y demás rondaban por la mente de muchos ciudadanos y vecinos en ese preciso instante. Y en especial, del propio cuerpo policial.

La Brigada de Homicidios de los Mossos d'Esquadra aún tenía que tomar declaración a un par de personas más y para nada iban a dar una sentencia clara de inmediato ante la prensa y a todos los medios de comunicación que empezaban a llegar poco a poco y a sonsacar sus propias conclusiones antes de lo previsto. Cierto era que se barajaba una primera y pequeña hipótesis; todo apuntaba a que se trataba de un asesinato. De un posible ajuste de cuentas tal vez. Tan solo era una entre mil hipótesis disponibles. Aún quedarían horas por esclarecer. Había muchas preguntas y pocas respuestas, como en la mayoría de incógnitas que nos ofrece la vida a lo largo de todo su ciclo. Y eso es lo que siempre hace interesante un trayecto..., cualquier trayecto.

2

Salzburgo, Austria. 10 de noviembre de 2016

Amaneció siendo un día gris y nublado. Las nubes, espesas y con señas de violencia y furia, amenazaban con descargar una fuerte tormenta inminente, como cualquier otro día en esa época del año hubiera descargado en pleno centro de la ciudad vieja con el fabuloso castillo Hohensalzburg al fondo y el río Salzach atravesando la ciudad. En el periódico austríaco *Der Standard*, y en muchos otros periódicos del país y demás países vecinos, se podía ver impresa en primera plana la noticia de la dimisión fortuita e inesperada del ministro de Defensa de la República Federal alemana, Alexander Müller. Ante los medios de comunicación, el ministro Müller, dio a entender que dimitía por asuntos personales que afectaban directamente a su familia, principalmente de salud, sin mención específica y/o concreta de ningún tipo de nombre o respuesta contundente que pudiera hacer saltar las alarmas dentro del propio Gobierno alemán.

La imagen de la ciudad de Salzburgo transmitía y dibujaba la de una postal de viaje, típica de regalo de verano, aunque en ese preciso momento el sol estaba a años luz de hacer acto de presencia. Podría decirse que no amaneció al ritmo de una marcha turca en honor a su compositor más célebre y famoso de todos los tiempos: Wolfgang Amadeus Mozart, pero había alguien que sí que se levantaba cada día al ritmo de una buena sonata. Ese muchacho de veintún años era Adler. Un joven austríaco que regentaba una pequeña

tienda de cedés y vinilos musicales, algo modesta pero acogedora, y que justo la había heredado de su padre, fallecido hacía cosa de un año a causa de un infarto cardíaco espontáneo. Adler y su padre no se tuvieron mucho apego el uno al otro, no por celos, odio o venganza, sino por el poco tiempo que habían pasado juntos en los últimos tres años, debido a que Adler le dedicaba mucho tiempo a estudiar y pasar largas temporadas en Viena, donde compartía alojamiento con dos chicos más, bastante desganados y aburridos según su criterio, y que al parecer el propio padre quería que se involucrara más en el negocio, además de disgustarle y contradecirle dichas compañías. Se preocupaba y mucho por el futuro de su hijo. Al fallecer su padre, Adler tuvo que volverse a Salzburgo para hacerse cargo de la tienda. Adler no conocía la gravedad del estado de salud de su padre hasta que se lo llevaron al hospital de urgencia dos días antes de fallecer y le comunicaron la situación y gravedad en la que se encontraba los médicos. Adler nunca se planteó acabar dirigiendo la tienda, dado que a día de hoy nadie compraba música como antes, más allá de algún que otro nostálgico o coleccionista. La realidad en su pensamiento, día tras día, pasaba por traspasarlo y conseguir algo de dinero para largarse e instalarse en Viena de una vez por todas, esta vez, sin compañeros aburridos e ignorantes de la vida. Más de treinta años son los que le dedicó su padre a aquel negocio, teniendo su peculiar clientela fija. Por dicho motivo, Adler meditó en mantenerla abierta hasta saber con exactitud qué hacer y de qué manera encaminar su propia vida de ahora en adelante a nivel laboral.

Ese preciso mismo día gris y a punto de caer un diluvio descomunal a primera hora, Adler abrió la tienda como de costumbre y empezó a ordenar mercancía que tenía atrasada en la trastienda. Cajas llenas de artistas clásicos como Ray Charles, Blondie o Hank Williams, entre muchos otros, fueron los principales protagonistas. Tan solo dos clientes, rozando la edad de jubilación, entraron durante la mañana de aquel deprimente jueves de noviembre a pre-

guntar; uno sobre un cantautor italiano de *rock and roll* que Adler desconocía y nunca oyó mencionar, y el otro para comprar un disco de recopilación de los mejores *hits* de David Bowie. Este último álbum en concreto tampoco lo tenía en tienda, así que Adler le retuvo unos minutos más y le convenció para que se llevara uno de los Dire Straits. Alegrementemente, el cliente acabó aceptando.

Su comida fue un simple sándwich prefabricado de jamón y queso con lechuga y mayonesa, acompañado de un refresco de cola, sentado en su taburete habitual entre el mostrador y la tras-tienda. El horario de cierre de la tienda siempre era a las 18:00 h, pero ese día debía quedarse hasta las 20:00 h como mínimo, porque había de encontrarse con un antiguo compañero de clase que venía a visitarle después de cinco años sin verse mutuamente. Justo en un momento dado, al ya terminar de comer y cuando estaba agachado en una de las estanterías del final de la tienda, escuchó el sonido de la puerta abrirse y notó la presencia de alguien adentrándose hacia el interior. Nadie dijo nada. Ni siquiera las buenas tardes. Esos segundos de silencio se le hicieron eternos, pero estaba convencido de que enfrente de su mostrador se hallaba alguien. ¿Alguien interesante? ¿Alguien dispuesto a comprar un disco de los Beatles o los Rolling Stones? No. No lo creía en absoluto.

O quizás sí...

3

Diez minutos después de apearse del AVE en el andén número dos de la estación de Atocha de un miércoles 9 de noviembre de 2016, un día antes que el ministro alemán de Defensa dimitiera, Griselda Klein, una muchacha joven y esbelta de pelo largo castaño con toques rubios y un color de ojos verdoso rozando a miel, mitad de sangre germana y mitad española, andaba por la calle Alfonso XII en dirección al parque del Retiro. Eran las dos pasadas del medio día y su estómago empezaba a emitir un rugido, si más no preocupante, y a pedir auxilio y atención cuanto antes fuera posible. El único comestible que había llegado a masticar entre su tan perfecta dentadura databa de las siete de la mañana de ese mismo día, justo dos minutos antes de salir de su apartamento de la calle Siracusa en el barrio de Gràcia, en Barcelona. Ese misterioso comestible tiene de misterioso lo mismo que una película muda subtitulada en ruso. Nada. Unas simples galletas bañadas con chocolate bajo en azúcar y un vaso de zumo de melocotón a medio llenar, debido a la falta de previsión de ella de no haber comprado otra botella la tarde anterior, fue lo único que llegó a hacer efecto en el proceso de digestión. No le costó para nada encontrar una modesta cafetería de inmediato y se dispuso a entrar para comprarse, esta vez sí, un delicioso bocadillo de jamón ibérico y un buen café con leche. Solo había tres personas sentadas en una misma mesa: una abuela con lo que parecía ser su nieto caprichoso y quejica de siete años de edad suplicando por otro *croissant* de mantequilla, y una mujer de unos cuarenta y tantos años con un pelo largo y rizado que parecía ser la hija de la mujer anciana y, por lógica, madre de aquel renacuajo impertinente.

Griselda pidió su ansiado bocadillo junto con el café y se sentó en una mesa que daba al frente de un televisor colgado al fondo en la pared. No le dio tiempo a lanzarse a por su segundo mordisco cuando en el telediario 24h anunciaban la trágica noticia de un padre de familia en Ourense que había disparado a quemarropa a sus dos hijos de tres y ocho años de edad y acto seguido se había suicidado con otro disparo en sus propios sesos. También Donald Trump tuvo su protagonismo en pantalla, debido a que hacía justo una semana que había salido ganador como 45º presidente de los Estados Unidos de América. Pero en ese apartado en concreto, Griselda ya no pudo prestar atención. Salió rápidamente hacia la calle para atender a un motorista que había sido derribado al suelo por un Seat León negro tipo familiar. Se fijó bien en dicho vehículo porque tenía los cristales traseros tintados de negro.

—¡Dios santo! ¿Se encuentra bien? ¿Puede oírme? Estoy llamando a una ambulancia, no se preocupe. Todo saldrá bien —insistió un hombre con traje y corbata que pasaba justo por delante en el momento del derribo y llevaba el móvil pegado a la oreja con extrema urgencia.

El motorista empezó a gesticular con la mano derecha muy lentamente e intentar ladear su cuerpo hacia el otro lado. Semejante esfuerzo fue en vano. El hombre con traje y corbata, que bien podría ser un ejecutivo o abogado del Estado por su apariencia, empezó a ponerse nervioso y a sudar la gota gorda. La dependienta de la cafetería salió a ver lo ocurrido en un santiamén y se acercó para ver con detalle el trágico suceso y ayudar en la medida de lo posible, además de otra gente que se unió a la vista del accidente que transcurría por esa calle.

—¿Está vivo?—preguntó el niño impertinente del *croissant* que también había salido con su madre y abuela a presenciar la trágica escena.

—Mamá, llévate al niño de aquí, por favor. No quiero que se quede traumatizado al ver la escena... —insistió con inquietud la madre.

—Oye, no podemos irnos sin saber...

—¡Llévate al niño lejos de aquí calle abajo te he dicho! Yo me quedaré para testificar si hace falta —subió su tonó de voz hacia la anciana.

La abuela asintió y cogió al niño del brazo y dio media vuelta dirigiéndose hacia el final de la calle, donde, guardadas las distancias, aún podía conservar un sitio privilegiado del suceso.

El conductor del coche que derribó al motorista salió disparado por la puerta tan rápido como pudo detener el coche y llevarse las manos a la cabeza. Le palpitaba el corazón a dos mil por hora. Parecía como si nunca hubiera arrollado a nadie en la carretera ni tan siquiera haberse visto involucrado en algún accidente (cosa probable en la gran mayoría de conductores y no deseable). Tenía aspecto joven, quizá alrededor de unos treinta y pocos años, y vestía con un polo amarillo chillón y una barba bien perfilada de unas dos semanas aproximadamente de crecimiento. Tanto él como el hombre trajeado intentaron reanimarle y conversar con el motorista tendido al suelo. No daba señales de habla, ni tan siquiera de escucha, simplemente se limitaba a mover la mano con un vago esfuerzo. De repente, todo el público ahí presente se percató de la salida de un líquido espeso y rojo de debajo el casco, manchando así el asfalto de la carretera.

—¡Está sangrando! —se exaltó el hombre de traje y corbata.

—Ha sido un despiste. ¡Juro que no lo he visto venir! Se ha cruzado de golpe ante mí y no he podido reaccionar —dijo llevándose las manos a la cabeza aún en estado de shock el conductor.

—La ambulancia está de camino.

—Tú has visto el choque, ¿verdad? ¡Has visto como se ha lanzado hacía mí!

—Olvídate de eso ahora. Este chico parece estar grave, ¡joder! No se mueve. —Le rodearon entre él y el involucrado conductor, visualizándole cada parte de su cuerpo sin apenas tocarle.

A todo esto, Griselda observaba lo ocurrido con una expresión de pánico y terror exteriorizada. No quiso intervenir en nada, no por

pasotismo o desinterés, sino por ignorancia y shock ante tal situación inoportuna. Sus ojos se encañonaron fijamente al chico tendido en el suelo, sin saber qué demonios debía hacer ante una situación como esa. De golpe y siniestro, empezó a escuchar el ruido de unas sirenas aproximarse y fue entonces cuando de repente se dio cuenta que no había pagado su desayuno todavía a la dependienta de la cafetería. El accidente era el principal foco de atención en aquel momento. Ni siquiera la trágica noticia del padre asesino de sus dos hijos en el telediario importaba en absoluto a nadie en aquel momento, por no hablar del nuevo inquilino de la Casa Blanca...

Griselda depositó encima de la mesa donde se encontraba sentada un billete de cinco euros y dos monedas de cincuenta céntimos. Salió enseguida de la cafetería y se detuvo por última vez unos instantes a mirar con asombro e impotencia el espantoso accidente urbano que acababa de presenciar. La ambulancia se asomó al inicio de la calle a toda pastilla y se detuvo justo al lado del Seat León negro. Dos técnicos y un médico salieron escopeteados de dentro y empezaron a reanimar al accidentado. Hasta ese momento, los ojos de Griselda se quedaron petrificados ante la escena de película que acababa de presenciar. Se dio media vuelta y echó a andar calle abajo en busca de la boca del metro más cercana hasta conseguir llegar al barrio de la Latina, donde la reserva en el hostel elegido para hospedarse la esperaba de buen grado. El trayecto en apenas veinte minutos en metro se le hizo eterno. No podía dejar de pensar en lo ocurrido. Nunca había presenciado un accidente en directo ni tan de cerca en primera persona. Tenía un gran nudo en el estómago y se le quitaron las ganas de pasear por el parque del Retiro, como tenía pensado hacer nada más llegar a Madrid, dado que era su sitio favorito para relajarse de la ciudad. Entró por la puerta principal del hostel con su maletita de ruedas pequeña que contenía el equipaje necesario para pasar tan solo una noche en la capital. Era la tercera vez que viajaba a Madrid, pero la primera que venía por trabajo, mejor dicho, para una entrevista de trabajo. Hasta el momento llevaba dos años trabajando de recepcionista

en un hotel modesto de tres estrellas en la Ciudad Condal, pero se enteró a través de su mejor amiga y compañera de piso, Marina, que buscaban personal cualificado en idiomas para una empresa de cosmética situada en la Gran vía de Madrid. El salario, según le comentó Marina, superaría en algo más al trabajo que realizaba hasta el momento en el hotel de Barcelona, pero desconocía la cantidad exacta.

Las oportunidades se aprovechan o se pierden. Griselda discrepaba con esa frase, le gustaba mejor decir que las oportunidades, si no se aprovechan, te reconcomen. «Quiero arrepentirme de lo que he hecho, no de las decisiones que no he tomado», argumentaba algunas veces en sus adentros.

Caminó dirección al mostrador de madera bien barnizada por lo que se podía comprobar y esperó a ser atendida por un señor de aspecto rural con una buena sonrisa dibujada en la cara. Vestía con camisa a cuadros, pantalón vaquero azul marino y tenía el pelo rizado canoso. A simple vista aparentaba algo más mayor de lo que se suponía que era, quizá le faltara un año para jubilarse, quién sabe... Tenía una peculiar y prolongada barriga salida de su cinturón, una barba canosa y espesa acorde con su pelo y unas gafas de pasta grises que para nada le favorecían.

—Buenas tardes señorita. Usted dirá.

—Hola. Una reserva a nombre de Griselda Klein.

—Déjeme comprobar.

El supuesto encargado, o propietario, o simple trabajador, le hizo un repaso visual sutil y respetable, para nada pretencioso (dado que Griselda despertaba una exuberante belleza física debido a su estatura de casi un metro ochenta y, en especial, de sus rasgos faciales claritos, aññados e inocentes) antes de comprobar en su ordenador de reservas dicho nombre de la nueva huésped.

—Habla usted muy bien el idioma, eh..., para ser extranjera.

—No soy extranjera. Nací en España. Padre austríaco y madre catalana,—le acompañó la respuesta con cierta timidez y muy educadamente.

—Hoy en día ya no sabes de dónde procede cada uno. Hay tanta mezcla en todas partes...

—Tiene usted razón.

—Soy ya perro viejo, muchacha. Muchos rostros han dormido aquí durante décadas.

—Lo imagino.

—¿Sería tan amable de prestarme su DNI, por favor? Necesito apuntar sus datos.

—Creí que era suficiente por internet.

—Lo es y no lo es. Hay que asegurarse bien. Odio *los internets*, eso lo lleva mi hijo. Me limito a hacerlo como me enseñaron, ¿no cree que sea así mejor?

—Tiene su lógica, sí. —En ese momento, Griselda se dio cuenta que estaba en lo cierto en cuanto a la edad y generación del propietario. Un hijo coge el relieve de un negocio donde cuyo propietario y padre ya no tiene cabida ante esas generaciones modernas y ese cambio de rumbo tan inesperado. Bueno, todo esto arrebató por su mente como mera suposición. Nada era cierto hasta lo que de cierto hacía efecto.

Extrajo su cartera del bolso y sacó el documento nacional de identidad que le acreditaba como ciudadana española a pesar de sus facciones germanas, y acto seguido se lo entregó al recepcionista.

El señor anotó sus datos en una libreta de registro de sus clientes y le cobró la estancia de una noche por valor de cincuenta y cinco euros. Le entregó la llave de su habitación y le hizo saber que estaban las 24 horas del día para su disposición o cualquier problema surgido.

—Muchas gracias —le dijo Griselda mientras depositaba su DNI en su lugar de origen.

—A usted, señorita. Espero que sea de su agrado. Le recuerdo que tiene una máquina expendedora de bebidas y algunos *snacks* arriba en cada pasillo, por si lo desea.

El hecho de que el señor —puesto al día con asuntos generacionales modernos —le pronunciara la palabra *snacks* en vez de

picoteo o *comestibles*, que es más típica del castellano coloquial que anglosajón, le sorprendió. Pero le hizo gracia a la misma vez. Estas cosas eran inevitables en los tiempos modernos para casi todo el mundo. Todos y todo estaba ya envenenado de anglicismos.

Dio media vuelta y subió con su equipaje ligero por el ascensor hasta la tercera planta. Salió buscando su habitación número 28, justo los años que acababa de cumplir hacía dos semanas, y pasó justo por delante de la máquina expendedora que el señor le había comentado. Encontró su puerta e introdujo la llave en la ranura. Nada más abrirla, notó un olor típico, difícil de describir, que uno encuentra cuando acude a un salón de belleza o droguería. Esa mezcla de olor a detergente, a limpio, a sábanas recién lavadas con jabón de vainilla (o eso creyó que le recordaba) y a ese perfume o ambientador con tono fresco veraniego que cualquier lugar donde hospedarse medianamente aceptable solía desprender. Avanzó hasta el final de la habitación y dejó el bolso de mimbre marrón clarito encima de la cama de matrimonio y apoyó seguidamente la maleta de ruedas justo al lado del pequeño escritorio que tenía justo enfrente de la puerta de acceso acompañada de una pequeña ventana que daba a un patio interior.

La habitación no tenía balcón alguno, pero eso a ella poco le importaba, dado que su estancia iba a ser de una noche y necesitaba los lujos y gastos mínimos para poder realizar una entrevista de trabajo corriente sin saber con garantías si la iban a contratar o no. Se quitó su blusa blanca quedándose en desnudo sujetador. Caminó hacia el lavabo para inspeccionar y afirmar si se encontraba en estado limpio (algo esencialmente importante cuando dormía fuera de casa, aunque fuera en un simple hostel baratito pero acogedor) y se lavó las manos con jabón de pastilla. Fueron solo quince segundos los que se pasó mirándose detenidamente ante el espejo pensando en el inesperado y trágico accidente que hacía apenas una hora acababa de presenciar. Se preguntó si el chico que conducía esa motocicleta estaría vivo y, en caso afirmativo, en qué condiciones estaría ahora mismo, quizá en alguna sala de interven-

ción del hospital más cercano. O en el peor de los casos, en una habitación de alto *standing* de algún que otro tanatorio progresivo. Pero aquello era otra de las cosas que, de bien seguro, no volvería a saber con certeza nunca más. Griselda sabía con precisión, al igual que mucha otra gente, que hay centenares de accidentes de tráfico o laborales a diario en todo el mundo y que muchos de nosotros ni siquiera nos enteramos o hacemos el esfuerzo en querer enterarnos... Mejor dicho; hacemos oídos sordos. Aun así, desafortunadamente, es algo inevitable.

El reloj marcaba las 14:55 h. Griselda volvía a tener hambre y, a pesar del bocadillo y café mal indigesto a causa del accidente delante de esa cafetería cercana al parque del Retiro, su estómago volvía a ponerse impertinente y a reclamar un aumento de sueldo, en este caso, de alimento. Decidió que bajaría a la calle en busca de algún puesto de comida próximo, sin ir muy lejos, y que de este modo le saciara los molestos ruidos de su ya insistente estómago. Los rayos de sol en pleno mes de noviembre y a sus veintitrés grados de temperatura en la capital de la península le hicieron recordar que Barcelona podía prescindir de protagonismo meteorológico durante un pequeño intervalo de tiempo.

Salió a la calle, no sin antes devolver el saludo al señor del mostrador que tanto interés había mostrado en sus rasgos poco ibéricos según su criterio de inspección nacional. El estruendoso golpe de un martillo hidráulico de tierra al perforar una acera justo al doblar la primera calle la estremeció de un buen susto inesperado.

—Un palmo más abajo, Manuel —le oyó decir un albañil a su compañero de obra chillando a pleno pulmón mientras le señalaba el punto concreto con el dedo.

La entrevista de trabajo estaba programada para las 17:45 h. Aún le quedaba tiempo suficiente para comer, darse una vuelta por el centro e irse a cambiar al hostel de vuelta. Anduvo desde que salió de la Latina por la calle Toledo hasta llegar a la plaza Mayor. Se detuvo ante un escaparate de una sombrerería que vendían toda clase de sombreros: clásicos, modernos, de época, militares etc. Se fijó en uno en concreto, estilo fedora, de color gris claro y con una cinta finita negra que lo rodeaba. Hizo un paso al frente quedándose a pocos centímetros de la marca que dividía la entrada del interior de la tienda. Observó al vendedor de lejos, que justo terminaba de cobrarle a un cliente varón que mediría alrededor de dos metros de altura como mínimo y que a la vez sacaba el dinero en efectivo de su cartera. Seguidamente, se lanzó hacia uno de los estantes donde se ubicaba el sombrero en el que se había fijado desde el exterior y decidió probárselo una vez que el cliente de dos metros fue cobrado y este se marchara sin tan siquiera un adiós. El vendedor se volvió hacia ella con el ansia de haber encontrado a la clienta extranjera perfecta y así poder ejecutar y cobrar su segunda venta de la tarde.

—*Do you like this one?*— preguntó el vendedor con una amplia sonrisa en la cara y un acento muy bien trabajado en inglés para saber complacer con entusiasmo a su clientela.

—Me gusta mucho, sí —le respondió ella. Nunca les soltaba un mal comentario desafortunado a quienes la trataban como una simple extranjera con ojos del signo del dólar llamativos en el pri-

mer contacto. Ella se limitaba a responder con su idioma materno y ese sería el *modus operandi* más efectivo para hacer entender que no todas las claritas rubias y de facciones finas tienen que ser holandesas..., por decir de alguna región del norte.

El vendedor se quedó sorprendido al escuchar un acento de lo más castellano y perfecto y acto seguido añadió:

—¡Ah! Usted perdone —exclamó—. Pensaba que venía usted de fuera...

—De fuera en la calle, cierto —vaciló sin ánimo de ofender. Ella no era de este tipo de gentes.

—Lo siento, no quería...

—Me pasa a menudo, no se preocupe —fingió con una sonrisa falsa pero educada. Es lo que tienen los estereotipos. Es difícil removerlos de una mente dada las circunstancias. Quizá tengan su lógica—. ¿Cuánto cuesta, si es tan amable? —Se dio cuenta, a la misma vez que el vendedor le respondió, que el precio estaba marcado y visible pero escondido detrás de una etiqueta en el interior de la cinta negra que rodeaba el sombrero.

—Cincuenta y dos euros.

Griselda palpó el sombrero con sus manos y se detuvo ante breve silencio en el espacio.

—No dispongo de ese dinero ahora mismo. En realidad, sí dispongo de él pero no debería gastarlo en ello, sabe... Es una pena, porque es precioso y es de mis favoritos.

—Piense que es de fabricación y producción propia —insistió el vendedor con voz ronca de haber estado fumando puros durante largas horas.

—Tan solo quería probármelo. Ha sido muy amable.

—¿Me permite...?

El vendedor se aproximó y le colocó el sombrero bien ajustado en su cabeza. Le dio su «toque maestro» y dio un paso hacia atrás con una bonita sonrisa dibujada. Griselda se ruborizó. La acercó hacia un espejo vertical de cuerpo entero que había justo al lado de una de las estanterías.

—Le queda estupendamente, se lo aseguro. Me recuerda a una actriz italiana de la época del destape, sin ofender, que tuvo bastante éxito durante unos años en Europa y España. No recuerdo su nombre..., Rellini o algo por el estilo..., tanto da. Pero este sombrero es el señalado para usted. Se arrepentirá de no llevárselo, créame. Son muchos años de oficio.

—Tengo un poco de prisa y voy con el tiempo justo (no era del todo verdad, ya que aún disponía de más de una hora, pero fue una excusa para no sentirse presionada o poner al vendedor en un compromiso).

—Se lo dejo por cuarenta y cinco. Es mi última oferta.

—No sabía que ustedes también se dedicaran a regatear.

—No lo suelo hacer casi nunca. Piense que tengo margen de venta, como usted comprenderá. El negocio lleva abierto desde la transición y yo empecé seis años después, así que créame cuando le digo que si se lo lleva por cuarenta y cinco saldremos ganando los dos.

—Veo que le pone mucho énfasis en que me lleve este sombrero. ¿A caso no lo quiere nadie?—preguntó intrigada y siendo algo pícara.

—No solo me dedico a vender nuestros productos, señorita. También puedo ver a través de sus ojos que lleva tiempo deseando poseer uno. Y sé, además, que lo desea porque va ligado a su personalidad. Estoy convencido que le ayudará en un futuro próximo y no se arrepentirá por nada del mundo de haberlo comprado. Lo sombreros poseen carácter, por si no lo sabía. Poseen capacidad de iniciativa y resolución. Poder y convicción. Sobre todo ante circunstancias embarazosas. Históricamente, eran símbolos de pueblos, de cultura y de estatus social. Hoy en día ya no tanto, aunque también perduran. Le voy a contar un secreto de sombrero a oportunista. Cuentan las voces que el aquel entonces presidente de la Segunda República, Manuel Azaña, compró en la calle de enfrente un par de sombreros antes de su llegada a la presidencia. Fue justo en aquel establecimiento de allí —señaló hacia fuera con

el dedo a través del cristal expositor—. Fue saqueada durante la Guerra Civil junto con otros altercados y problemas con los propietarios. En fin, historias y leyendas que corren por las calles de Madrid y que aún perduran en la mente de los soñadores. Lo que le quería decir es que Manuel Azaña compró dos sombreros en dicha tienda. En las elecciones de junio de 1931 fue elegido diputado por primera vez y en el Gobierno provisional ocupó el ministerio de Guerra. Más tarde, en febrero de 1936, logra la victoria y es nombrado presidente de la República española. Las voces cuentan que fue gracias a la adquisición de dichos sombreros lo que le trajo suerte en los años treinta. Claro que al iniciarse la guerra todo giró en su contra...

—Veo que no pierde oportunidad para hacer discurso de su mitin, eh. ¿Es usted vidente o algo parecido? —preguntó sarcástica.

—En absoluto, jovencita. Solo digo lo que cuentan y lo que pienso. Yo nunca obligo ni miento a nadie. Es mi política de negocio de empresa desde hace más de treinta años. ¿Sabe quién fue Azaña, verdad?

—Claro que sé quién era el señor Azaña. Hice un trabajo de historia sobre la Guerra Civil cuando estudiaba en Bachillerato. No crea que todas las jovencitas no sabemos sobre historia, pero desconocía este dato que usted me cuenta.

—Y yo también —soltó una carcajada—. Tan solo son voces que emergen de la ciudad que existió y que ya no existe.

—Suena usted muy nostálgico y romántico con el pasado.

—Apuesto a que usted también.

Griselda asintió tímidamente y pensó que el vendedor tenía toda la razón.

—Debe saber, además, mejor que nadie, que sin poder de persuasión poca venta obtiene, ¿no es cierto? Desde la época de los mercaderes que está presente en nuestras vidas cotidianas.

El vendedor se quedó mirándola con una sonrisa de «*me has pillado, muchacha*» y acto seguido se quedó en blanco sin saber qué responder durante unos breves segundos inadvertidos y quizás de-

bido a la impresión de belleza extrema y finura que Griselda desprendía sin tan solo pronunciar palabra alguna.

—Me lo quedo por cuarenta y cinco. Trato hecho —contestó muy convencida de sus palabras.

—No se arrepentirá. —Los ojos del vendedor crecieron en abundancia—. Se lo prometo. Pase ahora mismo por el mostrador.

Dobló por la calle de Postas dirección Puerta del Sol. A esa hora del medio día transitaba mucha gente a pie y muchos turistas andaban observando a su alrededor cada rincón o establecimientos de comida y *souvenirs* que se encontraban por el camino. Ella sabía que también, en cierta manera, era una especie de turista «preferente».

Con la mente todavía puesta en ingerir le vino un olor a *trattoria italiana* incapaz de resistirse. Un olor al más estilo sofrito de tomate con alguna especie como podría ser el orégano o pimienta. Efectivamente, se trataba de un establecimiento italiano de apenas capacidad para seis personas en el interior, en el cual horneaban pizzas, *focaccias* y algún que otro plato de espagueti a la boloñesa o carbonara para llevar. No tenía mucho más misterio, pero se le antojó sin más.

Engulló con ansia las dos porciones de pizza y se tomó a sorbos ligeros el refresco en un abrir y cerrar de ojos. Acto seguido, miró su reloj para comprobar la hora y vio que marcaba las 16:15 h. Disponía de tan solo media hora para poder pasearse por la Puerta del Sol y, aun así, retroceder unos metros hasta el mercado de San Miguel para observar cada paradita con los mejores ojos desorbitados de pasión y emoción al ver y oler cada manjar y *delicatessen* allí presente. A Griselda le encantaba los mercados gastronómicos. Su madre siempre iba a comprar al mercado municipal de Palamós, su pueblo de nacimiento, costero en la provincia de Girona, desde que ella era tan solo un bebé. Tenía una gran devoción por la cocina de proximidad y eso es lo que le inculcó año tras año hasta que se mudó a Barcelona a compartir piso con su amiga Marina. De su padre, Christoph Klein, le quedó una pequeña pero muy sabro-

sa gastronomía austríaca nacida de una derivación gastronómica del Imperio austrohúngaro. Platos típicos como el *schnitzel* o *tiroler gröstl* estaban en su *ranking* número uno. Christoph los cocinaba estupendamente hasta que murió, cuando ella tenía apenas quince años, para ser más concretos, en diciembre de 2003, debido a un maldito cáncer incurable de hígado diagnosticado meses antes de su fallecimiento.

A Griselda le costó asimilar dicha muerte, todavía perdura, esas cosas no se olvidan, se sanan con el tiempo. Era la primera y más cercana muerte que había presenciado nunca. El hecho de que nunca pudiera conocer a sus abuelos paternos, ya fallecidos antes de que ella naciera, le hizo sentir desde muy jovencita que solo disponía de su padre para conservar las raíces austríacas. Eso cambió cuando conoció a la edad de once años a su única tía, la hermana de su padre, Erika, tres años mayor que él y que por aquella época residía en Viena. Años más tarde se mudaría a la ciudad de Innsbruck, al oeste del país. Erika era una mujer encantadora según la recuerda ella misma y también dicho con palabras textuales de la propia madre de Griselda. Sabía contar buenos chistes (que ella recuerde) y nunca se llegó a casar. Era una mujer de pelo rubio como su hermano y ojos verdes como Griselda. Tenía un poco de sobrepeso, pero mejoró con los años (o eso decía ella cada vez que hablaban por teléfono para felicitarle el aniversario o desearse una feliz Navidad llegadas las fechas). Solamente se veían una vez al año, concretamente en España, coincidiendo con la temporada de verano, que es cuando disponía de vacaciones. Solía ser en el mes de agosto, que es cuando realmente quería y valía la pena disfrutar de la auténtica Costa Brava tomando el cálido y picante sol durante horas hasta quemarse día tras día y enrojecerse la piel. No es que no estuviera contenta con el clima de su tierra de origen, ya que amaba la naturaleza, los campos verdes rurales y la paz que respiraba al levantarse cada mañana en su casa de campo, pero... ¿quién iba a menospreciar la climatología mediterránea? Desde luego no iba a ser ella quien lo hiciera. ¡Santo cielo! Muchos años son los

que estuvo ejerciendo de profesora de Matemáticas en un instituto de Viena, cuando le tocó una modesta cantidad de dinero en un boleto de la lotería y se dedicó entonces en los años posteriores a tocar el piano y a hacer breves composiciones sin cesar de un lado para otro de la región de Tirol, dado que era su sueño no cumplido desde pequeña, y la excusa de la lotería le permitió retirarse un poco antes de lo previsto y cumplir con sus motivaciones y aficiones. Por circunstancias adversas nunca sabidas, meses después vendió su piano de cola haciendo un giro en sus aficiones. A partir de entonces desconoce en qué empleaba su tiempo, dinero y labor. Erika vino por última vez a España para el funeral de su hermano en Palamós. Christoph era muy querido entre su gente, tanto de conocidos como en su núcleo cercano de amigos. Se dedicó gran parte de su vida a la compra y venta de vehículos de importación. Conoció a su mujer, Cristina, madre de Griselda, durante su segunda estancia en tierras catalanas, en 1988, en un bar de copas del centro que ya cerró sus puertas hace más de una década. Desde ese momento supo que sería su mujer de por vida. Y tanto que lo fue.

Tras dar una vuelta agradecida y considerable por el centro, incluyendo la breve ojeada al mercado de San Miguel, se dirigió de vuelta al hostel para cambiarse, asearse y estar lista y preparada para la entrevista. El señor-propietario-encargado de detrás del mostrador volvió a saludarla nada más entrar por la puerta. Ella le devolvió el saludo con una sonrisa y subió hasta la tercera planta por segunda vez. Lo primero que hizo nada más abrir y volver a cerrar la puerta fue irse directa al lavabo. Se desnudó al completo, dejando bien doblada encima de la tapa del retrete la ropa recién extraída. Tardó diez minutos en ducharse con agua bien caliente al ritmo de «Crocodile rock», éxito indiscutible de Elton John. Siempre solía ducharse con música encendida en el móvil como banda sonora, tuviera un mal día o no. Eso siempre era sagrado.

Al vestirse de nuevo ,se puso los mismos vaqueros azul oscuro que había llevado durante la mañana, además de un jersey finito de

cuello redondo color *beige* que sacó de su maleta. Se secó el pelo con el secador mirándose al espejo y se perfumó con su colonia favorita. En ese momento ya estaba empezando a sonar la canción «In the air tonight» (cabía decir que tenía un buen repertorio de los mejores *hits* de los setenta y ochenta). Terminó de maquillarse en tiempo récord ante el espejo y en menos de cinco minutos ya tenía un pie de vuelta puesto en la calle, rumbo a la Gran Vía de Madrid, donde la esperaba la entrevista que tanto deseaba concluir cuanto antes. No tanto por ser el trabajo de su vida, sino por hacer un cambio de aires a la capital. Eso sería estupendo para ella.

Llegó a la puerta de entrada principal del edificio tres minutos antes de la hora prevista. Justo iba a agarrar el paño de la puerta cuando alguien se adelantó desde dentro y la abrió casi al unísono. El rostro de una mujer de unos sesenta años de apariencia, con el pelo corto bien arreglado como si acabara de salir de la peluquería más cercana y un hedor, para su gusto, excesivo de perfume de marquesa que hacía notarse desde la frontera con Francia, salió pitando a la calle con un ansia viva de devorar la ciudad entera con energía y optimismo. Apenas le dio tiempo a visualizarle bien la cara, simplemente se quedó con el tufo a perfume horrible que desprendió en tan solo una milésima de segundo.

Esa milésima se le hizo eterna.